

PARA TODA ALMA QUE VIVE EN ESTE MUNDO.

Esta obra fue escrita a petición de un sacerdote, el abad André Combes. "Esta fue escrita en un mes, entre la Transfiguración y la Natividad de la Virgen, mientras que yo era consumido por la Llama Viva." En 1952.

El título y el subtítulo nos dan el objetivo de este ensayo:

-- "¿Y sabes que hacemos al escribir estas páginas? Quitamos el prejuicio de que la intimidad del alma no era posible sino para los religiosos en su claustro, mientras que mi Amor secreto y tierno es, en realidad, para toda alma que vive en este mundo".

Él y Yo—Gabriela Bossis-- 12 en enero de 1950.

-- "No hay más que un camino (para ir a Dios), es la oración. Si se les indica otro, se les engaña". Santa Teresa de Ávila.

Se trata pues de una obra muy particularmente para los laicos, que da las llaves para "entrar sin riesgo en la vida de oración".

Para hacerlo, J.G. Bardet resumió los tratados de oración anteriores al hansenismo, con el fin de, para retomar sus propias palabras, "permitir a los laicos, que están actualmente sedientos de esta vida mística, puesta en la hoguera desde hace 3 siglos, entrar sin riesgo en la vida de oración". El tiene por objetivo ofrecer una vida experimentada, bien conocida hasta el siglo XVIII y sobre todo fácilmente practicable por los laicos, en la actualidad.

"Solo hay un camino", sólo un objetivo, llevar a la unión de voluntad por la oración y el abandono, siendo esta unión de voluntad de las Quintas Moradas la Clave de toda vida mística". Por la oración, que es el ejercicio de amor unificante, es decir, la oración continua, o también el secreto de los Padres del Desierto, recogido por Cassiano. Por el abandono, que es el total abandono en María, es decir, el Secreto de María proclamado por Grignon de Montfort.

El Secreto de los Padres del Desierto: la oración continua

"Hay que orar siempre". El Santo Concilio de Trento determinó sin ambigüedad: "la más excelente manera de orar es la oración mental, breve y casi continua".

Se trata de prácticas accesibles a todos, porque solo es necesaria la voluntad. El capuchino Ludovico de Besse escribe: "Ciertas personas dudan en repetir a nuestro Señor estas palabras: "¡Yo os amo. Yo os amo!". Ellos temen no ser sinceros. Es que ellos confunden el amor espiritual con el amor sensible. (...) Dios nos pide un amor de voluntad. Se tiene ese amor cuando se quiere."

J.G. Bardet asegura que la vía de la oración perpetua es la vía más corta, que conducirá al corta caminos de las Quintas Moradas de Madre Teresa, la oración corta de Juan de la Cruz, el ascensor de la pequeña Teresa, es decir a las gracias de unión .

Es también la más fácil porque ella “puede practicarse en todas partes y en toda circunstancia, comiendo, caminando, subiendo escaleras, cosiendo, cocinando...” En nuestra época de organización y de pleno trabajo ¿cómo no ver la maravillosa recuperación de los tiempos muertos en que puede practicarla el cristiano? Las 2 o 3 horas desperdiciadas cada día en los transportes y las esperas, en lugar de ser consagrados a hojear un diario mentiroso y a rumiar las preocupaciones domésticas o económicas, pueden ser cambiadas por horas de oración. Basta entrar en sí mismo y orar sin cesar.

Y es además la vía más agradable, “porque es la vía del amor. No hay necesidad de penitencias extraordinarias, la verdadera ascesis es mental. Es una verdadera ascesis amorosa que consiste en amar siempre, amar sin cesar, balbucear el nombre del Amado sin importar lo que uno haga o lo que suceda... es una vía toda de ternura, que responde particularmente a nuestra época de odio, de luchas y de heridas (...) Es la mortificación intelectual de la que el Cristiano de Occidente tiene necesidad. Es necesario que el ponga freno seriamente a todas sus divagaciones, curiosidades desenfrenadas, pseudo-preguntas, a su deseo de brillar, de forjar frases, de escucharse forjando frases que parten de él para volver a él. Todo eso desaparecerá con la simple repetición de una plegaria de adoración. El Padre Chevrier decía: “con el razonamiento se mata todo el Evangelio, y es porque hay tanto razonamiento que hay tan pocos santos”.

J.G. Bardet agrega que “cada uno de nosotros debe ser un Adorador perpetuo, durante el día por la voluntad, en la noche por la gracia, porque el Padre busca –y casi no encuentra—adoradores en espíritu y en verdad. La oración es nuestra respiración. Si ella se detiene, estamos muertos.

“En lugar de buscar una mortificación exagerada de sus sentidos, o una educación moral exclusiva de su voluntad, la oración perpetua consiste en controlar su inteligencia. (...) y usted encuentra la disposición original de los influjos” (anteriores al pecado original).

II. El Secreto de María

“Sin embargo, si bien somos dueños de la frecuencia de nuestras plegarias, no podemos conocer su calidad real. (...) ignoramos si estamos efectivamente en “unión de voluntad” con el Padre, si estamos totalmente des apropiados de nosotros-mismos, totalmente vaciados de nosotros-mismos, para que la gracia de unión mística, que es un fruto de la unión de voluntad, nos sea concedida gratuitamente”.

“Ahora bien, eso es el tropiezo principal”. Y, citando a Taulero: ¿Cómo vendría Dios a hacer en ellos Su morada?: “Hay tantas personas que están tan llenas de su propia voluntad; tan llenas, llenas, llenas... Hay muy pocas almas que se someten a Dios”.

Ahora bien, somos incapaces de llegar solos a esta verdadera des apropiación de nosotros mismos, a ese camino de la “nada”, sin la intervención de María. Y el cita a San Luis María Grignon de Montfort para quien la perfecta devoción a María es la única práctica “por la cual uno se deshace fácilmente de una cierta apropiación que se desliza imperceptiblemente en las mejores acciones”.

La oración corta, que conduce a la oración breve, debe ser mariana, porque estamos en “la Hora de María”. En los Últimos Tiempos, debemos dirigirnos a María. Una meditación más aun, dirán ustedes, que nos aleja de Dios... no, esta meditación no nos aleja, por el contrario, es muy sencillamente la escalera secreta que desciende más abajo para que podamos, más fácilmente, trepar con nuestras fuerzas espirituales disminuidas”.

María distribuye los dones inefables del Espíritu Santo, “a quien ella quiere, cuanto ella quiere, como ella quiere y cuando ella quiere... y no se da ningún don celestial a los hombres, que no pase por sus manos virginales”.

J.G. Bardet desarrolla, a partir de San Luis María Grignon de Montfort, en qué consiste la verdadera devoción a María: ella “consiste en darse TODO ENTERO a la Santísima Virgen, para ser todo entero, igualmente para Jesucristo, por ella”.

“Si Jesús da el céntuplo, incluso en este mundo, a aquellos que, por su amor, dejan los bienes exteriores, temporales y perecederos, ¿cuál será el céntuplo que El dará a aquel que le sacrificara incluso sus bienes interiores y espirituales?”. El céntuplo, es la unión extática y su consecuencia fundamental, el recorrido nocturno de la Noche del Espíritu.

III. La unión mística, fruto de la unión de voluntad.

Para hablarnos de la unión mística, J.G. Bardet hace referencia a tres grandes santos del Carmelo: San Juan de la Cruz, con la noche oscura y la subida del Carmelo, que J.G. Bardet nos exhorta a “leer y releer, hasta ser penetrado de ella”; Santa Teresa de Ávila con el Castillo del Alma (1577); Santa Teresa del Niño Jesús.

Apoyándose en “el Castillo” de Santa Teresa de Ávila, J.G. Bardet afirma que: “lo que podemos obtener –salvo excepción de la cual sólo Dios conoce la razón última—es la gracia de unión mística de las Quintas Moradas, que nosotros llamaremos el éxtasis de Tinieblas. La gracia mística de unión, precisa Santa Teresa, es una camino que parte de la unión de voluntad. La gracia mística es pues un fruto de la unión de voluntad”.

“No olvidemos que esta “unión de voluntad”, el primer estadio de la vida unitiva, es el grado al cual todo cristiano, que se diga cristiano y que pretende amar a Dios, puede y debe llegar”. En tanto que un cristiano no haya llegado a esta unión de voluntad, él no es adulto: él no es más que uno de esos “gusanos de seda grandes y deformes” (Santa Teresa de Ávila) que debe metamorfosearse en “una mariposa blanca muy graciosa”. Y Bardet agrega: “si insistimos sobre este punto, es que éste es capital, porque la unión de voluntad de las Quintas Moradas es la llave de toda vida mística. La vida de unión no comienza sino a partir de esta Morada”.

“Así pues hay una puerta que es “la unión de voluntad”. Una vez flanqueado ese umbral, se ofrecen dos modos de recorrido de las purificaciones de la Noche del Espíritu. Un modo “nocturno”, rápido, por las gracias de unión mística multiplicadas,

las “muertes extáticas”: es el “corta camino”. Y un modo diurno, lento, por los esfuerzos perseverantes de “pequeñas muertes, de mortificaciones”: es la vía ordinaria.

Durante este “sueño espiritual”, ese “gran olvido” (San Juan de la Cruz), “por una parte el alma y el cuerpo son purificados, consumidos por la llama de amor divino, por otra parte, conocimientos generales son infundidos y vendrán a la conciencia, en estado de vigilia, y a la hora en que éstos sean necesarios”.

Quien hace oración varias horas por día –o mejor, por noche—avanza considerablemente en la duración de la purificación que le será necesaria en estado de vigilia. Reduce considerablemente los efectos clásicos de la Noche del Espíritu.

El ejercicio de amor unificante que es la oración continua, es una oración contemplativa intermitente que prepara para las horas de contemplación, y después a las de alta contemplación mística.

“Y es por eso que debemos insistir sobre la necesidad de pedir el favor del “sueño espiritual” y de disponernos lo más a menudo y lo más largamente posible. Es la forma superior de la oración perpetua”.

Desarrollando “el caminito de amor” descrito por Santa Teresa del Niño Jesús, que nos “lleva a la vía normal de la perfección: la del sueño espiritual”, J.G. Bardet recuerda que “la razón de ser de los sueños espirituales, de las suspensiones totales de los sentidos y potencias, es la de permitir las operaciones purificadoras, permitir operaciones quirúrgicas profundas que tocan la voluntad, la inteligencia y la memoria, y esto sin dolores, sin los terrores de la Noche crucificante del Espíritu, en el estado de vigilia.

La vía teresiana es la explicación de la vía montfortiana.

“El caminito” de Santa Teresa del Niño Jesús, es la verdadera lección de pobreza y de abandono: “entre más débil es uno, sin deseos ni virtudes, más dispuesto está uno a las operaciones de ese amor consumidor y transformador”. Santa Teresa del Niño Jesús. J. G. Bardet recuerda: “no hay más que un camino, el del abandono, del Fiat continuo, que está más allá de la ofrenda misma de la Cruz, porque éste deja que Dios escoja; un camino en el cual no hay necesidad de virtud al principio. Por el contrario, nos atreveríamos a decir. ¡Ah, cómo está eso lejos de la santidad “a fuerza de empujones” profesada en su época!”. ¡Cuando que se trata del poder del abandono! El caminito consiste, ante todo, en el abandono total del alma.

De ningún modo es el esfuerzo personal lo que gusta a Dios, sino el abandono total a Su Divina Voluntad.

“Era necesario que se tome por infantil y fácil, en el orden natural, y con la ayuda ordinaria de la gracia, lo que es efectivamente infantil y fácil, pero en el orden

sobrenatural y con el sostén poderoso de las gracias de unión. Cegados por su antropocentrismo, algunos han olvidado que es Dios quien hace todo.

Conclusión.

“Es insensato imaginarse que se puede, por meras iniciativas humanas, corregir una situación donde las Fuerzas del Mal son el enemigo. Contra Satán no hay más que la Gracia, los Siete Dones del Espíritu Santo. Se necesitaría no tener ninguna experiencia del Mundo para suponer otra cosa. El verdadero realismo consiste en no ser más que un canal de la Gracia, en desconfiar, ante todo, de sus propias fuerzas”.

Todo nos invita a una espiritualidad de alegría y no de esfuerzos, de abandono y no de reglas, de gracias y no de virtudes morales, una espiritualidad de sonrisa en María.

El corta camino no es el único medio para llegar a Dios, pues la única vía, es la conformidad a Su Querer, la sumisión absoluta a las alegrías y a los sufrimientos enviados por el Espíritu Santo. Sin embargo, ¿cómo entender mejor si no es en el silencio de la muerte? ¿Cómo ser totalmente móvil al Espíritu si no es en el reposo absoluto, en el anonadamiento, la muerte mística, si no es multiplicando las horas de nuestra jornada donde nos anonadamos, las horas de nuestra vida donde renunciamos a nosotros mismos para no ser más que una nada de sensación y de conocimiento?

Es por eso que así como debemos tomar todos a María por Madre, debemos desear todos entrar en la Tiniebla, sabiendo que el Buen Querer de Dios es el amor.

“Créanme hijos del deseo, que para tratar a tu prójimo con beneficio para él y sin daño para ti, durante una hora, es necesario pasar ocho con Dios”. Juan de los Ángeles.

Al final de su ensayo, J.G. Bardet exhorta a sus lectores a poner en práctica todos los puntos que él ha desarrollado, ahora ustedes ya saben: “orate frates”, les dice él, “hagan de sus noches una oración secreta”, precisando que se trata hoy de “reagrupar Caballeros (de María) cuya oración atraviese los cielos porque el enemigo contra el cual debemos luchar es invisible”. Y el termina con estas palabras: “ahora que ustedes ya saben, ¿también se atreverían aún a rechazar las gracias para salvar a los millones y millones de sus hermanos que se pierden y van a perderse cada día más...?”